

Ruth Conde, enfermera pediátrica de MSF

17/04/2024

En los años que llevo trabajando con Médicos Sin Fronteras, he participado en numerosas misiones en contexto de emergencia humanitaria, distintos países, distintos continentes y distintas emergencias, pero nunca había vivido algo como lo que está ocurriendo en Gaza.

Aunque la presencia de Médicos Sin Fronteras en ese territorio es bastante anterior al 7 de Octubre, lo que nos encontramos el personal humanitario desde esa fecha resulta indescriptible, por la magnitud y por la desproporcionalidad de esta catástrofe humanitaria y por las incontables dificultades que experimentamos para llevar a cabo nuestro trabajo.

Hemos apoyado hospitales y abierto maternidades y centros de salud que han sido sistemáticamente destruidos y consecuentemente evacuados. Hemos trabajado sin el material necesario, sin suministros médicos, sin electricidad, sin combustible, sin agua, sin un espacio físico donde poder asistir en condiciones a nuestros pacientes, al resultar estos espacios dañados o colapsados por familias enteras que buscaban un lugar seguro. Pero esto, un lugar seguro, es algo que no existe ahora mismo en Gaza.

Nos hemos enfrentado al miedo. Por primera vez he sentido que no hay ningún derecho o ley que me proteja, ni a mis compañeros ni, lo más importante, a nuestros pacientes.

Al no respetar las normas más básicas y elementales de cuidado y protección de la población civil, estamos creando un precedente aterrador para las guerras de ahora y para las guerras del futuro.

¿Quién nos protegerá a nosotros? ¿Quién los protegerá a ellos? ¿Quién los cuidará?

Pero algo que también nos ha enseñado todo esto es que no nos podemos rendir y que trabajando juntos y en la misma dirección, podemos conseguir que las cosas mejoren.

Las distintas organizaciones presentes en Gaza desde el pasado Octubre, hemos colaborado entre nosotras sin tener en cuenta logos o banderas, con un mismo fin común: salvar vidas y evitar el sufrimiento. Desde esta posición, la única humanamente posible, de estar al lado de aquellos que sufren, seguiremos estando presentes en los pocos hospitales que quedan, seguiremos abriendo centros de salud y maternidades, para que la vida pueda seguir llegando a Gaza.

No soy una experta en política internacional, pero sí sé hacer mi trabajo, he vivido y he sentido Gaza, sé a qué huele el dolor y la muerte, sé a qué huelen los hospitales en Gaza, sé cómo suena el perder a alguien que quieres, sé lo que significa el sufrimiento, sé lo que implica el sufrimiento de nuestros pacientes y sé lo difícil (duro) que resulta para mis compañeros gazatíes tener que elegir a quien atender, a quien salvar o a quien aliviar.

Nadie debería de tener que pasar por ello...ni nuestros pacientes ni el personal sanitario que está haciendo lo imposible por mantener los hospitales funcionando. Sé lo difícil que es mirar a un paciente a la cara sin poder ofrecerle nada, porque no tienes nada que ofrecer, más que apretarle la mano y darle consuelo.

Nunca antes había sentido un dolor de esta magnitud mirar a nuestros pacientes a la cara.

Esto me recuerda una frase que pronunció Médicos Sin Fronteras en la aceptación del premio nobel de la paz en el año 1999: "No estamos seguros de que la palabra siempre salve vidas, pero sí sabemos con certeza que el silencio mata".

He asumido y asumo, como personal médico, como personal humanitario, la responsabilidad de cuidar de todos aquellos que lo necesiten, lo mejor que pueda y lo mejor que sé...ahora les apelo a ustedes a asumir, desde su posición, su responsabilidad y hacer todo aquello que esté en su mano para que esta situación termine.